

EDITORIAL

Violencia escolar: una herida abierta

“Erradicar la violencia escolar requiere educación, prevención y compromiso colectivo”.

La violencia escolar sigue afectando a miles de estudiantes, dejando marcas profundas en su bienestar emocional y en su desarrollo académico. No se trata sólo de agresiones físicas, sino también de acoso, exclusión social y abuso psicológico, fenómenos que perpetúan el miedo y la inseguridad en las aulas.

Es urgente adoptar estrategias efectivas para prevenir y abordar este problema. La educación en valores debe ser una prioridad, enseñando empatía, respeto y resolución pacífica de conflictos. Las escuelas deben contar con protocolos claros de denuncia, garantizando protección a las víctimas y acciones correctivas para quienes ejercen violencia. Además, es fundamental el involucramiento de docentes, familias y estudiantes en la construcción de un entorno seguro y positivo.

El apoyo psicológico es clave, tanto para las víctimas como para quienes recurren a la violencia, ya que en muchos casos su comportamiento refleja problemas emocionales no resueltos. Asimismo, fomentar la inclusión y el respeto por la diversidad ayuda a reducir el acoso basado en prejuicios. Erradicar la violencia escolar no es tarea sencilla, pero cada acción, cada intervención y cada gesto de solidari-

dad contribuyen a cambiar la realidad. La escuela debe ser un lugar donde los estudiantes puedan aprender y crecer sin miedo, y ese objetivo requiere el compromiso de todos.

La violencia escolar no solo impacta a quienes la sufren directamente, sino que también genera un ambiente de tensión y miedo en toda la comunidad educativa. Cuando la agresión y el acoso se vuelven parte de la cotidianidad, el aprendizaje se ve afectado y la confianza entre estudiantes y docentes se debilita. No podemos seguir normalizando el maltrato ni justificándolo como “cosas de niños”. Es momento de cambiar la narrativa y reconocer que cada acción cuenta en la construcción de una convivencia pacífica.

Las instituciones educativas tienen una enorme responsabilidad en este proceso, pero no pueden hacerlo solas. La familia juega un papel clave en la enseñanza de valores y en la detección temprana de conductas agresivas. La sociedad, por su parte, debe dejar de ser espectadora y convertirse en un agente activo contra la violencia escolar. Sólo a través del compromiso colectivo lograremos garantizar que cada estudiante pueda crecer en un entorno seguro, donde el respeto y la empatía sean la norma, no la excepción.